

cia fué ejecutada inmediatamente. Eran las cuatro de la mañana cuando caía bajo las balas del pelotón de ejecución, siendo enterrado de prisa, vestido, en el mismo sitio del fusilamiento.

Proclamación del Imperio. — Este crimen sembró la consternación en París; pero no impidió que Napoleón alcanzara el objetivo supremo de su ambición. El Consulado vitalicio no le bastaba; quería ser emperador y convertirse en jefe de una nueva dinastía. El 27 de marzo de 1804, el Senado lo invitó á ceñirse la corona de Carlomagno, haciendo de ese modo « su obra inmortal como su gloria. » La proposición no encontró en el Tribunado más que un solo adversario, que fué Carnot. El nuevo senado-consulta, sometido á la ratificación del pueblo, fué aceptado por 3.572.329 sufragios contra 2.569. Era el tercer plebiscito que se había efectuado en cinco años.

CAPÍTULO XI.

EL IMPERIO. — CONSTITUCIÓN IMPERIAL. — NUEVA NOBLEZA.
— POLÍTICA INTERIOR DE NAPOLEÓN. — SUPRESIÓN DEL TRIBUNADO. — FUNCIONES DEL SENADO Y DEL CONSEJO DE ESTADO. — GRANDES TRABAJOS DE UTILIDAD GENERAL. — CIENCIAS, LETRAS, BELLAS ARTES É INDUSTRIA.

Al hacerse emperador, Napoleón convirtió en absoluto su poder, y lo empleó para afianzar y desarrollar las instituciones del Consulado. Mantuvo enérgicamente el orden público y cuando hubo logrado de ese modo que renaciese la paz interior, y que se restableciese la confianza general, ordenó diversos trabajos de utilidad pública en todo el territorio francés. Los obreros encontraron donde trabajar, y el comercio y la industria tomaron extraordinario vuelo. Como era sabio y escritor personalmente, decía sin cansarse que la gloria militar necesita en un país civilizado estar rodeada por otras glorias para despedir fulgores más vivos. Con tal fin, se convirtió en protector de las ciencias, de las letras y de las artes, alentando y provocando cuantos inventos podían contribuir al bienestar de sus súbditos.

§ I. — *La constitución imperial.*

El imperio hereditario. — Con arreglo al senado-consulta ratificado por el pueblo, el poder del jefe del Estado era absoluto. Napoleón tenía el título de emperador, y se declaraba hereditaria esa dignidad en su descendencia legítima y natural, de varón en varón. En caso de morir sin hijos, debían sucederle, fuese ellos mismos, fuese sus herederos, primero su hermano José, y de faltar éste, su otro hermano Luis, siempre por el orden de primogenitura. Si la familia de los Napoleones llegaba á extinguirse, la vacante del trono imperial sería provista por un senado-consulta ratificado por el pueblo.

El senado, con el cónsul Cambaceres al frente, marchó de París á Saint-Cloud, en medio del ruido del cañón y á través de una entusiasta multitud, á notificar oficialmente á Napoleón el acuerdo que acababan de tomar los grandes cuerpos del Estado. « Acepto, respondió Bonaparte, el título que creéis útil para la gloria de la nación, y someto al pueblo la ley de la herencia. Espero que Francia no se arrepentirá nunca de las honras que tributa ó que pueda tributar á mi familia en lo sucesivo. En todo caso, mi espíritu dejará de estar con los míos si alguna vez dejan ellos de merecer la simpatía y la confianza de la gran nación. »

Funciones del Senado y del Consejo de Estado. Supresión del Tribunado. — El Senado conservó las atribuciones que había tenido, durante el Consulado, y siguió componiéndose de 80 miembros elegidos por él mismo. Sin embargo, á eso agregó el emperador los príncipes de su familia, los grandes dignatarios y las personas á quienes le pareció oportuno recompensar. Ese cuerpo quedó encargado de velar por el mantenimiento de la Constitución, oponiéndose á la promulgación de las leyes que le fueran contrarias. Se instituyó también una comisión sena-

torial para proteger la libertad individual y la de la prensa. Otra comisión, compuesta de 60 miembros, debía formar, con los del Consejo del Estado y del Tribunal Supremo, un alto tribunal de justicia que juzgase los complots tramados contra la seguridad pública, y ante el cual tenían que comparecer los altos dignatarios y los ministros acusados de un crimen cualquiera.

El Cuerpo legislativo debía votar los impuestos. Fué devuelto el derecho de discusión, pero sólo en las reuniones secretas.

El Consejo de Estado pasó á ser un cuerpo puramente administrativo, con sus *ponentes*, y sus *oidores*, y se le consideró como un plantel de administradores que iban luego á los departamentos. Además, este consejo formaba un tribunal encargado de fallar en todas las cuestiones que surgieran entre los particulares y el Estado.

El único cuerpo que perdió toda su razón de ser en esta nueva organización fué el Tribunado. Reducido á 50 miembros nada más al establecerse el consulado vitalicio, se le prohibió por otra parte discutir en sesión pública los proyectos de ley que eran sometidos á su examen. Venía á ser como un duplicado del Consejo de Estado, y por eso se le suprimió en 1807.

Nuevos dignatarios. — Napoleón no había podido elevarse, sin arrastrar en su engrandecimiento á su familia y á los hombres ilustres compañeros de su fortuna. Así fué que al día siguiente de su advenimiento al imperio, creó varios grandes dignatarios y funcionarios de la corona.

Su hermano José fué nombrado gran senador, el cónsul Cambaceres archicanciller, el cónsul Lebrun architesorero, su hermano Luis Bonaparte condesable, su cuñado Joaquín Murat gran almirante.

Confió á diez y ocho generales el título de mariscal, cuatro de ellos honorarios, sacados de entre los senadores, y que fueron Kellermann, Lefebvre,

Pérignon y Serurier, y catorce de imperio : Jourdán, Berthier, Masséna, Lannes, Ney, Brune, Augereau, Murat, Bessiéres, Moncey, Mortier, Soult, Davout y Bernadotte.

La casa imperial, tanto la de Napoleón como la de su esposa y las de los príncipes de su familia fueron organizadas con magnificencia. Resucitáronse los antiguos cargos civiles de mayordomo, de caballero y de coopero mayor; el de gran maestro de ceremonias, de gran chambelán y de gran mariscal de palacio. El título de limosnero mayor se confirió al arzobispo de Lyon, que era el cardenal Fesch, tío del emperador.

Queriendo contemporizar con la democracia, se conservó tres años más el nombre de República en las monedas y el sello del Estado. Los documentos públicos se fechaban en el año XII y se seguía usando el calendario republicano; pero al fin el Senado, siguiendo la opinión expuesta por Laplace en un informe, restableció en 21 fructidor año XII el calendario gregoriano, á partir de 1º. de enero de 1806.

Nueva aristocracia. — Los niveladores que habían destruído las órdenes de San Luis y de San Miguel en medio de la tormenta revolucionaria, habían visto con disgusto la creación de la Legión de honor, que consideraban contraria á la igualdad. Mucho más los irritó aún que el emperador restableciese los títulos de duque, de marqués, de conde y de barón, que consideraban definitivamente suprimidos.

La nueva aristocracia fué creada en marzo de 1808, cuando Napoleón, dueño de Francia y de Europa, colocaba á sus hermanos en tronos, y cuando podía apropiarse en el extranjero mayorazgos, que sirvieran de garantía y consagración á los títulos conferidos. Sin embargo, aunque los generales y los magistrados que entraban en la nobleza imperial recibían calificativos análogos á los de los antiguos señores, no poseyeron ninguno de los privilegios de que aquéllos disfrutaran. No debían constituir, por tanto, una clase particular

en el Estado; al contrario, la ley los consideraba iguales á los restantes ciudadanos, soportaban las cargas é impuestos generales, y quedaban sometidos á la jurisdicción ordinaria.

Sus títulos y condecoraciones eran distinciones puramente honoríficas, justificadas por sus servicios; y esas distinciones, en vez de ser opuestas á la igualdad, eran por el contrario su más alta consagración, puesto que el origen plebeyo de la mayor parte de los miembros de la nueva aristocracia, indicaba suficientemente que todo ciudadano tenía derecho para aspirar á ella y que bastaba para llegar á esos honores, superar á los demás en mérito.

Por lo demás, los jacobinos que más atacaran las distinciones sociales, fueron los que con más afán las solicitaron; y, según lo había predicho Napoleón, los títulos de que al principio se burlaran, lo mismo que la cruz de la legión de honor, no tardaron en ser objeto de la ambición de todo el mundo.

Instituyóse un tribunal superior para juzgar á los principales dignatarios del imperio, así como los complots dirigidos contra el Estado. Debían formarlos 60 de los 120 senadores, los seis presidentes del Consejo de Estado, 20 miembros del tribunal de casación, los grandes oficiales del imperio y los 6 grandes dignatarios.

Coronación del Emperador. — El advenimiento de Napoleón al trono imperial dió principio á una nueva era. El soberano inauguró, en medio de fiestas y regocijos, la espléndida corte que acababa de crear. El pueblo entero admiraba esas ceremonias exteriores, cuya pompa y magnificencia superaban á cuanto se había visto. Los obispos elogiaban á porfía al *nuevo Ciro*, al *nuevo Matatías*, al *nuevo Josafat*, que había devuelto á la religión sus templos y sus altares y en quien se fundaban para lo porvenir mil halagüeñas esperanzas. El mismo Napoleón, exaltado por todos estos pensamientos, tenía constantemente presente el

recuerdo de Carlomagno y quiso, como lo practicara éste en pasados siglos, hacerse coronar por mano del papa, restaurando el gran Imperio de Occidente ante Europa asombrada. Al efecto acudió Pío VII á París, y el 12 frimario del año XII (2 dic. 1804) coronó á Napoleón y á Josefina bajo las magníficas bóvedas de la antigua iglesia metropolitana de Nuestra Señora, en presencia de los príncipes de la casa imperial, de los miembros del sacro colegio y de todos los altos dignatarios del Estado.

§ II. — *Política interior de Napoleón. — Orden público. — Obras de utilidad general. — Progresos de las ciencias y de la industria.*

Orden público. — Napoleón había encontrado á Francia profundamente quebrantada por las teorías revolucionarias. Á fuerza de protestar contra la autoridad, el individualismo republicano había diseminado las fuerzas sociales, sumiendo á la nación en los desórdenes de la anarquía. El genio organizador del soberano, hizo surgir el orden de ese caos, apoyándose al efecto en la unidad del poder y la centralización administrativa establecida por la Convención.

Al efecto, dió á los prefectos autoridad casi absoluta en sus departamentos, convirtiéndolos en *pequeños emperadores*, con objeto de que fuesen capaces de hacer respetar en todas partes el poder que representaban. Queriendo enterarse de todo por sí mismo, reemplazaba la prensa, que no era libre, enviando á todos los puntos del imperio consejeros de Estado que, como en otro tiempo los *missi dominici* de Carlomagno, se enteraban de cuanto ocurría, presentándose luego á dar cuenta del estado en que se hallaban las distintas ramas de la administración.

Gracias á esa vigorosa organización y á la amplitud de miras con que recibió Napoleón á todos cuantos habían querido servir á Francia bajo su dirección, no tardaron en ir desapareciendo los anteriores antago-

nismos; la abundancia sucedió á la miseria y el jefe del Estado, en las guerras que hubo de sostener contra la Europa aliada, pudo alejarse de su capital sin temor á que ninguna conmoción turbara en lo interior la tranquilidad del imperio.

Obras públicas de utilidad general. — En los intervalos de la guerra, Napoleón pensaba en las obras públicas por cuyo medio podría renovar la fortuna de Francia. Sus esfuerzos se dirigieron principalmente hacia las regiones más apartadas de su imperio, como si hubiera querido hacer olvidar á sus nuevos súbditos los desastres y la humillación de la conquista.

Construyó, pues, en Amberes formidables arsenales marítimos; restauró los de Rotterdam y de Helvoetsluis; mejoró el puerto de Amsterdam y la navegación por el Zuyderzée; efectuó obras importantes en las desembocaduras del Weser, del Ems y del Elba; ensanchó los puertos de Venecia y de la Spezzia; puso á Francia en comunicación con Italia por las grandes vías del Simplón y del Monte Cenís, y facilitó las comunicaciones entre las distintas ciudades del imperio, de modo que era fácil ir de París á Maguncia, á Amsterdam, á Hamburgo y Bayona.

Inmensos pantanos fueron saneados, y se abrieron canales que prestaron grandes servicios al comercio. El de San Quintín unió el Ródano con el Escalda, es decir, Amberes con Marsella, mientras que el de Mons á Condé abría mercados á las hulleras de Jemmapes. Los canales del Ródano al Rhin, y del Saona al Loira fueron continuados y al mismo tiempo se ensancharon los puertos de Boulogne, de Ambleteuse, del Havre, de Dieppe, Calais, Gravelines y Dunkerque. Otras creaciones y mejoras fueron efectuadas igualmente en Burdeos, Turín, Ajaccio, Milán, Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), Brujas, Brest, Ostende, Orleans y otras muchas ciudades, que en cierto modo se reanimaron bajo la influencia del genio reparador de Napoleón.

Pero París fué la ciudad que experimentó entonces

las más afortunadas modificaciones. Napoleón quería que la capital de su imperio fuese la ciudad más hermosa del mundo. Como carecía de agua que circulara por sus distintos barrios, se abrió el canal del Ourcq y se llevaron á ella los caudales de tres ríos. El canal San Martín acortó la navegación del Sena, y por ambas orillas de éste se extendieron anchos muelles, al paso que á través del mismo echaban puentes utilísimos y de construcción atrevida.

Se edificaron mataderos públicos y se sanaron las calles y las plazas. El emperador quería grandiosos mercados. « Es preciso, decía, que el pueblo tenga su Louvre. » Según Napoleón, los monumentos constituyen uno de los medios más poderosos para hablar á las masas é inspirarles grandes sentimientos. Así fué que puso al Hotel de Inválidos en el mismo brillante estado que en tiempos de Luis XIV, é hizo restaurar el Louvre, las Tullerías, Versalles, Saint-Denis, Fontainebleau, Compiègne y todas las residencias imperiales.

El Carrousel fué allanado y frente á las Tullerías se alzó entonces un arco de triunfo, imitación del de Septimio Severo en Roma. Empezóse el arco de triunfo de la Estrella y se echaron los cimientos de la Magdalena. Las iglesias de Santa Genoveva y de San Dionisio fueron restauradas, así como el palacio del arzobispado y la iglesia metropolitana.

En la plaza de Vendome se levantó una columna de bronce, parecida á la de Trajano, para que sirviese de sostén á la estatua del emperador, y para que se grabasen en ella con caracteres indelebles sus prodigiosas hazañas. Napoleón eligió como sepultura los subterráneos de Saint-Denis, tanto para él como para los príncipes de su dinastía. Unas mesas de mármol, llamadas *mesas expiatorias* recibieron los nombres de los reyes cuyas cenizas habían sido profanadas, y en Saint-Denis se organizó un cabildo encargado de orar perpetuamente junto á los restos de los antiguos mo-

narcas. En la parte oriental de París se estableció un nuevo cementario, llamado del Padre La Chaise porque estaba cerca de la casa de campo de uno de los confesores de Luis XIV, que llevara aquel nombre.

Napoleón ordenó la construcción de graneros de reserva, de modo que hubiese siempre en París provisiones para tres meses. Su deseo hubiese sido abrir en la capital anchas calles bien aireadas, multiplicar sus puentes, demoler las estrechas y viejas, en que vivía aglomerado el pueblo, sin aire y sin luz; así fué que proyectó la mayor parte de las obras que se han realizado después de su reinado para el embellecimiento de París.

Progresos de la industria. — Estos trabajos ocuparon multitud de brazos y difundieron el bienestar en las clases obreras. Queriendo ayudar los progresos de la industria, Napoleón organizó en Compiègne una escuela de artes y oficios, y propuso recompensas para los que realizaran inventos útiles. Francia había celebrado su primera exposición industrial en 1796, reuniéndose entonces 210 concurrentes. El emperador hizo celebrar otra en 1806 y los expositores se elevaron entonces á 1422. Napoleón aconsejaba que se reemplazara el azúcar de caña por el de remolacha, y procuraba arrebatar á Inglaterra su prosperidad industrial y comercial sustrayéndole sus secretos de fabricación.

Favoreció á Jacquard, inventor de la tejedora que aun lleva su nombre, y que tan grandes progresos ha hecho realizar en Lyon á la fabricación de las sedas. El pueblo de Lyon, imaginándose que esa máquina dejaría á muchos obreros sin trabajo, persiguió con encarnizamiento á su autor. La tejedora de Jacquard fué destrozada en un motín, su hierro vendido al peso como viejo y la madera como leña; pero Napoleón apoyó á dicho inventor, otorgándole una pensión de 6.000 francos, suma considerable en aquella época.

También concedió subvenciones considerables á la casa Richard-Lenoir, que popularizó en Francia la fabricación de los tejidos de algodón. Richard era un labrador del departamento de Calvados que había llegado á poseer una fábrica de artículos de Rouen muy floreciente. Entonces se asoció con un joven negociante, Lenoir-Dufresne, y lograron procurarse el dibujo de la máquina de hilar inventada por el inglés Arkwright, después de lo cual establecieron una fábrica de tejidos de algodón y de lana, no tardando en crear por sí solos, cuarenta más. Oberkampf principió por aquel tiempo en Francia la fabricación de telas pintadas; Reber introdujo en los Vosgos el tejido del algodón; Ternaux creó grandes casas para la producción de chales; Lasteyrie perfeccionó los diversos cultivos, importó en Francia los carneros merinos y creó en París la primera imprenta litográfica; y Bréguet, que era sólo un modesto relojero, llegó á serlo de la marina, miembro de la oficina de longitudes, y acabó por suceder á Carnot en la Academia de Ciencias.

Del progreso de las ciencias. — Las ciencias, que tan grandes progresos realizaran durante el siglo xviii, se vieron detenidas un instante en su desenvolvimiento por los excesos revolucionarios; pero cuando se restableció el orden, aquellas reaparecieron con brillo que hasta entonces nunca habían tenido. Lacépède se mostró digno continuador de Buffón y se consagró á las mismas tareas que este ilustre naturalista. Malte-Brun resumió en su *Geografía* los conocimientos que se poseían entonces sobre las distintas partes del globo terrestre. Lagrange publicó su *Mecánica analítica*, y Laplace hizo realizar inmensos progresos á la astronomía con su *Mecánica celeste*.

La medicina se gloriaba de los trabajos de Portal, de Bichat y de Cabanis. El primero publicó en 1803 su *Curso de anatomía médica*; el segundo se distinguió por la misma época con sus *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte*. Cabanis llevó los principios